



Vista de la cubierta del edificio del nuevo Parlamento escocés que se construye en Edimburgo. / EL MUNDO

Enric Miralles, polémica sin fin

El Parlamento de Edimburgo, obra póstuma del arquitecto catalán, dispara su presupuesto de 14 a 490 millones de euros

LUIS ALEMANY
MADRID - En el estudio barcelonés Miralles y Tagliabue, no se arredran. No lo hicieron en 2000, cuando su fundador, el arquitecto Enric Miralles, perdió la vida con 45 años, y no lo van a hacer ahora que sus obras sean «la soap opera que alimenta a los periódicos escoceses cada día».

A pesar de la polémica, Benedetta Tagliabue, viuda y socia de Miralles, responde llena de entusiasmo. «La semana pasada estuve en Edimburgo y volví emocionada. La obra no podría ir mejor». Tanto es así que Escocia estrenará en verano el símbolo más formidable de su renovada autonomía política y cultural.

Un símbolo que ofrece muchas lecturas. La política, por ejemplo: «El concurso», recuerda Tagliabue, «se convocó cuando estaba recién terminada la reforma del Bundestag, de Foster, en Berlín. Supongo que, por eso, todos los proyectos tenían el mismo argumento: construcciones transparentes que expresaban transparencia política. En vez de eso, nosotros planteamos un edificio complejo, lleno de conexiones y descentralizado porque pensábamos que así es como debe funcionar la democracia».

El edificio de Edimburgo, por tanto, tiene algo de tratado de ciencias políticas... y otro algo de libro de historia. «El Parlamento está situado al final de la Royal Mile, entre el Castillo, la montaña y Holyrood Palace, el palacio de la Reina de Inglaterra. Estaba claro que el diálogo entre el Par-

lamento y el palacio iba a ser muy importante y que había que hacer algo muy audaz que simbolizara el gran logro de la emancipación de Escocia».

Al escuchar a Tagliabue hablar con tanta energía de su proyecto y al recordar la polémica que se ha levantado a su alrededor, es imposible no recordar la historia de la Opera de Sydney. Como le ocurrió entonces al danés Jorn Utzon, premio Pritzker 2003, Tagliabue y su equipo se han encontrado con un ambiente hostil, encendido por intereses políticos y empresariales.

Todo con dos excusas: el incremento de los costes de ejecu-

La pista perdida del niño prodigio

La pista truncada de Enric Miralles, el niño prodigio de su generación, se remonta a los últimos años 70, cuando entró a trabajar con Hello Piñón y Albert Viaplana, llegado desde la Universidad de Columbia. Pronto, la carrera de Miralles se emancipó junto a su primera mujer, Carme Pinós, con la que formó su primer estudio. Durante la siguiente década y media, el arquitecto barcelonés trabajó -con Pinós primero y con Tagliabue después- en España, Alemania, Grecia, Argentina, Holanda, Dinamarca, Japón e Italia. Y creciendo en prestigio y trabajo hasta que la muerte sorprendió a Miralles en verano de 2000 con obras inacabadas en Vigo, Barcelona, además de Edimburgo

ción, desde los 10 millones de libras esterlinas (14,2 millones de euros) previstos en 1997 hasta los 345 millones (casi 490 millones de euros) en los que cerrará la construcción y el atormentado *estilo Miralles* que ha asustado a los gustos más conservadores.

«Hay mucha demagogia en todo este lío. Comparar el presupuesto previsto en 1997 con el final es como comparar cifras brutas con cifras netas», explica Tagliabue. Sin embargo, el escándalo ha sido tan grande que la obra se ha sometido a una auditoría judicial: la delicia de los periódicos sensacionalistas. «Han montado un *enquiryment* muy teatral que va a llegar a la única conclusión posible: construir un edificio con todos los condicionantes que tiene el Parlamento y que pretende ser un símbolo de Escocia durante siglos es caro. La gestión del proyecto ha sido muy rigurosa».

Para rebatir los gustos conservadores, mientras, Benedetta Tagliabue y su equipo han encontrado aliados. Por ejemplo, Jonathan Glancey, crítico del diario británico *The Guardian*, que ha anunciado varias veces que «algo extraordinario se prepara en la Royal Mile. Últimamente, Glancey, envalentonado por lo que considera críticas provincianas, ha llegado a decir que «el arquitecto de 2003» ha sido Enric Miralles.

«Me alegra escuchar eso», reconoce Tagliabue, «pero mi medida es la de los taxistas de Edimburgo. Al principio, ponen cara rara. Entonces les digo 'ya verán cuando empiecen a llegar los turistas'...». Si alguno no le cree, que le cuenten la historia de la Opera de Sydney.